

MI RELACIÓN CON “ELLA”
<http://doi.org/10.54354/IQKL4901>

Søren Kierkegaard

Fuente:

Søren Kierkegaard, “Mit Forhold til ‘hende’”, en *Søren Kierkegaards Papirer*, vols. I-XVI, ed. por P.A. Heiberg, V. Kuhr y E. Torsting, Copenhague: Gyldendal, 1932, vol. X³, pp. 157-175.

Traducción del danés de Nassim Bravo

Mi relación con “ella”
24 de agosto de 1849
Un tanto poéticamente

Pap. X³
A 148

Infandum me jubes, Regina, renovare dolorem.¹

Pap. X³
A 149.2

Ella es también la responsable de estas palabras acerca de mí: en verdad terminarás haciéndote jesuita.

Pap. X³
A 149.4

Regina Olsen. La vi por primera vez en casa de los Rørdam. En realidad, la conocí en aquella primera época cuando todavía no visitaba a la familia. (En cierto sentido, tengo algo de responsabilidad con relación a Bøllette Rørdam; así como, por cierto, ella me hizo en un comienzo una cierta impresión, y quizá yo también le hice una impresión parecida, aunque de una forma del todo inocente y puramente intelectual).

Pap. X³
A 149.3

Ya antes de que mi padre muriera yo me había decidido por ella. Él murió. Me preparé para mis exámenes. Durante todo ese periodo permití que su existencia se enlazara con la mía.

NB

En los últimos diarios, aquellos del año pasado y de este año, hay una sola mención sobre ella en alguna parte.

Pap. X³
A 149.1

En el verano de 1840 hice mi examen para el grado de teología.

Entonces, sin más, la visité en su casa. Viajé a Jutlandia y tal vez ya en aquel entonces había empezado a echarle el ojo.

Pap. X³
A 149.5

En agosto regresé. En estricto sentido, podría decirse que entre el 9 de agosto y hasta septiembre fue el periodo en que me acerqué a ella.

El 8 de septiembre salí de casa con la intención firme de resolver todo el asunto. Nos encontramos en la calle justo afuera de su casa. Dijo que no había nadie en casa. Fui lo bastante audaz para interpretar esto como la invitación que necesitaba. Entré con ella. Nos quedamos los dos solos en la sala. Ella estaba un poco inquieta. Le pedí que tocara un poco para mí, algo que por lo demás solía hacer. Lo hizo, pero no me sirvió. Entonces, de forma repentina, tomé la partitura, la cerré no sin una cierta vehemencia, la arrojé al piano y dije: “¡Ah! ¿A mí qué me importa la

¹ “¡Me ordenas, oh reina, renovar este dolor indecible!”. La cita es de *Eneida* 2, 3, y es ligeramente modificada por Kierkegaard. El original se lee: “*Infandum, Regina, iubes renouare dolorem*”.

música? Yo a quien quiero es a usted, y la he querido por los últimos dos años”. Se quedó callada. Por lo demás, yo no había hecho nada por conquistarla; incluso le advertí en mi contra, en contra de mi melancolía. Y entonces cuando habló sobre su relación con Schlegel, yo le dije: “Que esa relación sea entonces un paréntesis”.*

NB

Sin embargo, es posible que no hablara de Schlegel sino hasta el 10, porque el 8 no dijo una sola palabra.

* Pues, a pesar de todo, yo tenía prioridad.

Se quedó callada. Por último me fui, pues temía que alguien llegara y nos encontrara a los dos, y a ella en semejante estado de agitación. De inmediato fui con el consejero. Sé que sentía una angustia terrible por haberle hecho una impresión demasiado intensa y que, de algún modo, mi visita ocasionara algún malentendido o fuera incluso perjudicial para su reputación.

El padre no dijo ni que sí ni que no, pero con todo tenía buena disposición, como pude ver con facilidad. Le pedí si podía conversar con ella. Me permitió hacerlo la tarde del 10 de septiembre. No dije una sola palabra para conquistarla. Ella dijo que sí.

De inmediato entablé relación con toda la familia. Utilicé mi virtuosismo particularmente con el padre, a quien, dicho sea de paso, siempre he tenido en gran estima.

Pero dentro de mí, ya al día siguiente me percaté de que había cometido un error. Mi carácter de penitente, mi *vita ante acta*, mi melancolía: todo esto bastaba.

Sufrí de forma indescriptible en aquella época. Ella no parecía darse cuenta de nada. Por el contrario, se volvió tan arrogante que en cierta ocasión declaró que me había aceptado por lástima; en pocas palabras, yo nunca había conocido semejante arrogancia.

En cierto sentido, esto se convirtió en el peligro. Me pareció que si ella no iba más allá de aquello que alguna vez dijo, que “si creía que la visitaba por hábito, en ese caso ella rompería de inmediato la relación”, si no iba más allá de esto, entonces todo estaría bien. Entonces recuperé la compostura. En otro sentido, admito que fui débil: por un momento ella me hizo enfadar.

Entonces puse las fuerzas en movimiento. Ella en verdad cedió y ocurrió justamente lo contrario, la más extrema devoción y adoración.

Naturalmente, en ese momento mi melancolía volvió a despertar, pues yo era “responsable” en sentido eminente por su devoción; en cambio, su arrogancia me libraba de tal “responsabilidad”, por decirlo de algún modo. Me di cuenta de que esto iba a explotar. Llegué a la conclusión —y a la idea— de que esto era el castigo de Dios para mí.

Algo de lo que soy culpable en cierto grado, o de lo que soy responsable, pues —viendo con claridad la dificultad de la relación y percatándome de que era menester utilizar todas mis fuerzas para imponer, si era posible, mi melancolía— le dije: entrégate. Con tu orgullo, me facilitas las cosas. Lo cual es completamente cierto, es honesto con ella y melancólicamente traicionero conmigo mismo.

Ya no puedo estar del todo seguro acerca de la impresión que ella hizo en mí desde un punto de vista puramente erótico. Pues lo cierto es que el hecho de que se hubiera entregado a mí casi con adoración, que me hubiera suplicado que la amara, eso me conmovió en tal medida que yo me hubiera atrevido a todo por ella. Pero también puede verse cuánto la amaba por el hecho de que constantemente quise ocultarme a mí mismo lo mucho que ella realmente me conmovía, lo cual a decir verdad tiene poco que ver con lo erótico.

Si no hubiera sido un penitente, si no hubiera tenido mi *vita ante acta*,² de no ser por mi melancolía, el compromiso con ella me habría hecho más feliz de lo que soñé. Sin embargo, puesto que por desgracia soy como soy, y a pesar de que he de decir que podría ser más feliz en mi desdicha sin ella que con ella, lo cierto es que me conmovió y yo gustoso —más que gustoso— lo hubiera hecho todo.

Pap. X³
A 149.6

Con todo, ella alcanzó a atisbar un poco cómo eran las cosas conmigo, pues a menudo hacía esta observación: “jamás serás feliz, de manera que te debe dar lo mismo si se me permite quedarme contigo”. También una vez dijo que nunca me preguntaría nada si tan sólo podía quedarse conmigo.

Pap. X³
A 149.7

Pero había una protesta divina, así lo entendí yo. El matrimonio. Yo debía ocultarle muchas cosas, basarlo todo en una mentira.

Pap. X³
A 149.8

Le escribí y le mandé su anillo. La nota aparece de forma textual en “El experimento psicológico”.³ Tuve cuidado en mostrarla desde una

² Literalmente “mi vida antes de los hechos”, es decir, “mi vida previa”.

³ Es decir, en ¿Culpable? ¿No culpable? en *Etapas en el camino de la vida*.

perspectiva puramente histórica, pues no le hablé a nadie sobre esto, a absolutamente nadie; guardé más silencio que una tumba. Si ella llegara a ver el libro, me gustaría que tuviera esto en cuenta.

Pap. X³
A 149.10

¿Qué hizo ella? En su desesperación femenina, rebasó el límite. Sin duda sabía que yo era melancólico, quiso producirme una gran angustia. Ocurrió lo contrario. Es verdad, me produjo una gran angustia, pero mi naturaleza se recompuso de forma increíble y me libré de ella. Sólo quedaba una cosa por hacer: rechazarla con todas mis fuerzas.

Fue una época terriblemente agonizante: tener que ser tan cruel y amarla como yo lo hacía. Ella peleó como una leona; si no hubiera estado convencido de contar con una resistencia divina, ella hubiera triunfado.

Pap. X²
A 149.9

Algunas respuestas individuales se refieren también a hechos. Por ejemplo, aquella que señala que no es verdad que uno engorda al casarse, pues conocí a alguien (aquí nombré a mi padre, de modo que en este sentido la historia es diferente y fue relatada de otra manera) que se casó dos veces y no engordó. La respuesta: uno puede romper un compromiso de dos formas igualmente efectivas, con ayuda del respeto y con ayuda del amor. La respuesta de ella: en verdad creo que estás loco.

Pap. X¹
A 149.11

En esos dos meses de engaños tuve la precaución de decirle de forma directa y de vez en cuando: ríndete, déjame ir; no lo soportarás. A lo cual ella respondía con pasión que prefería soportarlo todo antes que dejarme ir. También intenté mostrar el asunto como si ella hubiera sido quien hubiera roto conmigo, esto para evitarle todas las afrentas. No lo admitió; respondió que si había soportado lo uno también soportaría sin problema lo otro, y observó de forma no poco socrática que nadie le diría nada en su cara, y que si hablaban a sus espaldas a ella le daba lo mismo.

Pap. X¹
A 149.12

Entonces, más o menos dos meses después, llegó la ruptura. Ella se hundió en la desesperación. Por primera vez en mi vida me peleé. No podía hacerse otra cosa.

De su casa me fui de inmediato al teatro, pues quería encontrarme con Emil Boesen. (De ahí surgió en su momento la historia que circuló por la ciudad según la cual le habría dicho a la familia, mirando mi reloj, que si tenían algo más que decir debían apresurarse, pues debía estar en el teatro.) El acto terminó. Al salir de la segunda platea, se acercó el consejero desde la primera platea y dijo: ¿puedo hablar con usted? Nos dirigimos a su casa. Estaba desesperado. Dijo: se va a morir, está

completamente desesperada. Yo le dije: iré a calmarla, pero el asunto está decidido. Él dijo: soy un hombre orgulloso; es difícil, pero le ruego que no rompa con ella. En verdad fue magnánimo. Me conmovió. Pero me mantuve firme. Aquella tarde cené con la familia. Antes de irme hablé con ella.

La mañana siguiente recibí una carta del padre diciendo que ella no había dormido y que debía ir a verla. Fui y la hice entrar en razón. Me preguntó si alguna vez me casaría. Le respondí que quizá en diez años, cuando me haya apaciguado y necesite a una muchachita de sangre joven para rejuvenecerme. Una crueldad necesaria. Entonces me dijo: perdóname por lo que te he hecho. Yo respondí: soy yo quien debería pedirte perdón. Ella dijo: promete que pensarás en mí. Lo hice. Ella dijo: bésame. Lo hice, pero sin pasión. Dios misericordioso.

Sacó una pequeña nota en la que yo había escrito un par de palabras y que ella solía llevar cerca del pecho; la sacó, tranquilamente la rompió en pedacitos y dijo: así que también has jugado un juego terrible conmigo.

Pap. X^o A
49.13

Ella dijo: ¿así que no te gusto en absoluto? Respondí: así es, cuando te pones así, no me gustas.

Pap. X^o A
149.14

Dijo: sólo espero que no sea demasiado tarde cuando te arrepientas. Se refería a la muerte. Tuve que hacer una broma cruel al respecto y le pregunté si se refería que debía ser como Wilhelm en *Lenore*.

Pap. X^o A
149.15

Salir de la relación como un canalla, de ser posible como un canalla de primera, constituía la única forma de sacarla a flote, de conducirla rápidamente al matrimonio. Pero fue además una galantería exquisita. Con mi ingenio, realmente hubiera sido fácil retirarme en condiciones más favorables. Que este comportamiento constituye una galantería es algo que el joven le ha explicado a Constantin Constantius, y yo estoy de acuerdo con él.

Pap. X^o A
149.16

Es verdad. Aquel día me devolvió toda mi ropa, etc. Le escribí una carta al consejero; me la devolvió sin abrir.

Pap. X^o
A 149.17

Entonces nos separamos. Pasaba las noches llorando en mi cama. Pero por día era el mismo de siempre, festivo y bromista como nunca. Era necesario. Mi hermano me dijo que iría con la familia y les demostraría que yo no era un canalla. Le dije: haz eso y te pondré una bala en la

cabeza. Lo cual constituía la mejor prueba de lo mucho que este asunto me importaba.

Viajé a Berlín. Mi sufrimiento fue terrible. La recordaba todos los días. De forma incondicional y hasta la fecha, he hecho lo siguiente: diariamente, al menos una vez por día, rezaba por ella, a menudo dos veces, esto sin contar el tiempo que pasaba pensando en ella.

Pap. X^o
A 149.18

Quando el vínculo se rompió, mi impresión fue la siguiente: o te entregas a diversiones salvajes... o religiosidad absoluta, de una clase distinta de las mezclas de los pastores.

“El diario del seductor” fue escrito para ella, para inspirarle repugnancia. El prólogo de los *Dos discursos edificantes* estaba pensado para ella, al igual que muchas otras cosas: la fecha del libro, la dedicatoria al padre. Y en el libro mismo hay un sutil guiño.* Ella lo leyó; lo supe por Sibbern.

Pap. X^o
A 149.19

“El diario del seductor” realmente fue concebido para inspirarle repugnancia, y conozco bien las agonías que padecí a propósito de su publicación, pues tanto mi idea como mi intención era dirigir la indignación de todo mundo en mi contra, objetivo que fracasó por completo, especialmente por lo que respecta al público, el cual me dio una recepción jubilosa, reacción que no hizo sino aumentar mi desprecio por el público; pero en cuanto a que alguien haya pensado o llegara a pensar en “ella”, esto fue una galantería exquisita e inimaginable. El ser elegida por un seductor es para una mujer lo mismo que para una fruta lo es el ser picada por un pájaro, pues el pájaro es un conocedor. En efecto, un “amante es ciego y, por lo tanto, su juicio no es objetivo; quizá mira encantos y detalles que definitivamente no existen. Pero el seductor es un conocedor. Tenemos ahora al “Seductor” y, por otra parte, a una sola muchacha: esto es en verdad la máxima galantería imaginable, aunque es demasiado profunda para ser popular. Ni siquiera es particularmente galante el hacer que esta única muchacha convierta al “Seductor”, pues en ese mismo instante se transforma de hecho en “amante”, se hace ciego y su juicio se vuelve poco confiable. ¿Qué me dicen de todas esas canciones de los poetas que *de forma directa* celebran y divinizan a la amada, siendo que ellos mismos son el “amante”? ¿Qué tan confiables pueden ser sus panegíricos? ¡No, se trata del “Seductor” y de una sola muchacha!

* Sobre la renuncia, sobre el hecho de que sólo se pierde al amado cuando se logra que actúe en contra de sus convicciones.

Estuve en Berlín sólo por medio año. El plan era que viaje durara año y medio. El hecho de que regresara tan pronto debió llamar su atención. De forma previsible, me buscó después del sermón de Mynster el día de Pascua. La evité a fin de repelerla y no fuera a forjarse la impresión de que había pensado en ella durante mi viaje. Por lo demás, Sibbern me dijo que ella misma le había dicho que no soportaría verme. En ese momento me percaté de que eso era falso; sin embargo, debía creer que ella no podía soportar hablar conmigo.

*Pap. X³
A 149.20*

Por cierto, el giro decisivo de su vida lo hizo en el fondo bajo mi vigilancia. Poco antes de su compromiso con Schlegel, me vio iglesia. Yo permití que su mirada se cruzara con la mía. Asintió dos veces con la cabeza. Yo hice lo mismo. Esto significaba: debes renunciar a mí. Entonces asintió de nuevo y yo le devolví el gesto de la manera más amigable posible; esto significaba: conservas mi amor.

Cuando más tarde se comprometió con Schlegel, nos encontramos en la calle y ella me saludó de la forma más amigable y obsequiosa. No comprendí, pues en aquel momento no sabía nada del compromiso. Simplemente la mire de forma inquisitiva y asentí con la cabeza. Sin duda ella pensaba que yo estaba enterado y buscaba mi aprobación.

El día que se leyeron sus amonestaciones yo estaba sentado en la Iglesia de Nuestro Salvador.

Ahora el consejero ha muerto. A pesar de todo, es posible que ella guarde la esperanza de verme otra vez, de establecer una relación conmigo, una relación inocente y afectuosa. ¡Oh, la querida muchacha! Dios sabe que hoy más que nunca quisiera verla, hablar con ella, hacerla feliz y, si ella lo necesitara, entusiasmarla. Qué no daría por atreverme, por atreverme a adornarla, mientras ella aún vive, con el adorno del renombre histórico, el cual sin duda le pertenece. Será colocada en una posición superior sobre las demás mujeres. Y es importante que ello edite el asunto.

*Pap. X³
A 149.21*

Ver un pasaje del diario NB12, por la parte del medio.

Pues de lo contrario su matrimonio será un engaño y yo me convertiré con facilidad en una especie de sátira; yo, que permanecí soltero, mientras que ella estaba dispuesta a morir por su amor.

Pap. X³
A 149.22

Y esto sin duda la haría feliz; ella, que en los primeros años de su juventud deseaba convertirse en actriz y brillar en el mundo; la reparación de su honor, para ella, quien en el fondo era tan orgullosa.

Pap. X³
A 149.23

¡Oh! ¡Cómo me hubiera hecho feliz hablar con ella! ¡Y cómo hubiera suavizado mi relación con Dios! En el ámbito de la posibilidad ella me resulta difícil; en el de la realidad, fácil.

Pero no me atrevo. En alguna ocasión me mostró en qué medida era capaz de transgredir los límites. Lo cierto es que un matrimonio no la detendrá si su pasión se enciende otra vez. Y lo que en verdad resulta peligroso es precisamente que mi caso es bueno. Si realmente hubiera sido un canalla el asunto sería más sencillo.

Su relación con Schlegel no constituye una garantía. Digamos que, en cierto sentido, ella ha interpretado de forma astuta que ésta era la única manera en que sería posible reestablecer una relación conmigo, pues si permaneciera soltera la cuestión sobre el matrimonio siempre se volvería a plantear. Digamos que ella piensa que es mi voluntad que ella se case con Schlegel, que es por tal motivo que en los últimos dos meses he hablado tanto de él —aunque fuera de forma bromista— y de que ella debería quedarse con él. Y es preciso admitir que tal era mi intención y mi deseo. Sin embargo, en tal caso yo sería más importante para ella que su relación con él.

Si Dios permite que sea ella quien tenga la iniciativa de pedirme que hable con ella, entonces me atreveré a hacerlo. Sin duda eso me alegraría. Pero sólo en ese caso me atreveré a hacerlo. Entonces nuestra relación será completa. Pues el matrimonio es motivo de escándalo para mí. ¡Una relación de hermandad con ella constituiría para mí una gran, gran alegría!

* ¡Qué feliz me haría poder hacerla feliz! ¡A ella que, después de todo, ha sufrido tanto por mi culpa! ¡Y qué terrible que tenga que seguir siendo así de cruel! ¡Qué perfidia el hacerlo todo para conducirla a un matrimonio y luego dejarla ahí! ¡Digamos que entiende este matrimonio como la posibilidad de establecer una relación fraternal conmigo, a quien sin duda consideraba como un tipo puramente intelectual! Pero no puedo justificar el atreverme a dar este paso. En alguna ocasión demostró que es capaz de atreverse a ir más allá del límite; y , por otro lado, al casarse en realidad se habrá liberado.

Pap. X³
A 149.24

Cuando vivía en el primer piso de Nørregade hice construir un armario de palisandro. Fue construido según mi propio diseño, y éste, a su vez, se inspiró en unas palabras de ella, la encantadora, en su agonía. Dijo que me agradecería por toda su vida si le permitía quedarse conmigo, aunque tuviera que vivir en un pequeño armario. Pensando en esto, fue diseñado sin repisas. Se encuentra aquí, cuidadosamente guardado, todo aquello que me recuerda a ella o que a ella podría hacerle acordarse de mí. También coloqué ahí una copia para ella de las obras seudónimas. Siempre hice imprimir sólo dos copias en papel vitela, una para ella y una para mí.

Pap. X³
A 149.25

Entre mis papeles hay también una carta acerca de ella que sólo deberá abrirse después de mi muerte. Todos mis libros serán dedicados a ella y a mi difunto padre: mis maestros, la noble sabiduría de un anciano y la encantadora ignorancia de una mujer.

Lo cierto es que la cuestión de la religiosidad, y en particular la del cristianismo, sin duda podría echar mano de una sola persona. Pero ¡qué complicada historia con mi crianza! ¡Qué curiosamente dialéctico!

Pero si no se le ocurre a ella, entonces tendré que renunciar a ello. Por lo demás, es extraño que no me conozca lo suficiente para saber que para mí lo más decisivo es la responsabilidad. En consecuencia, hubiera preferido por mucho que fuera ella quien rompiera el compromiso.

Pero ahora está felizmente casada con Schlegel. Es un hombre que ha tenido éxito, lo cual ella verá como un signo de que la Providencia aprueba su unión. En cierto sentido, el mundo está en contra mía; tal vez ella interprete esto como un pequeño castigo dirigido contra mí. Por otra parte, existe el peligro de que la oposición del mundo me revista de un nuevo valor frente a ella.

Si es verdad lo que me contó la señorita Dencker (y en ocasiones he recurrido a la señorita Dencker para comunicar lo que me gustaría decir, todo con el fin de consolidar su matrimonio), que ella dijo: “que en realidad no estaba enfadada conmigo por haber roto el compromiso, sino por la manera en que lo hice”, entonces esto demostraría que en el fondo ella tiene en un grado no poco considerable algo de ese olvido femenino que corresponde a la inmediatez. Se olvida de que dos meses antes del momento decisivo recibió una carta de separación en la que había expresiones de lo más humillantes para mí; no había ahí, pues, nada que objetar con relación a la manera. Pero entonces fue ella la que, en lugar de terminar con todo, arremetió con tal desesperación que tuve que inventarme todo otro alfabeto. Se olvida de que ella misma dijo que si podía convencerla de que yo era un canalla, ella podría fácilmente hacer las

Pap. X³
A 149.26

paces con todo esto. Y ahora se queja sobre la manera, a saber, “la manera canalla”. Por lo demás, si no hubiera empleado esa manera, es posible que todavía estuviéramos en el proceso de la ruptura. En este sentido, tiene razón en quejarse de mi “manera”, pues con ninguna otra manera hubiera tenido éxito.

Pap. X⁷
A 149.27

Pero en cierto sentido una mujer es un ser temible. Existe una forma de devoción que me aterra porque es completamente opuesta a lo que soy: se trata de la femeninamente desconsiderada devoción femenina, la cual resulta temible porque la femineidad, en cierto sentido, se encuentra poderosamente atada a la consideración. Pero si hay una ruptura, y la otra parte es un dialéctico con una imaginación melancólica y una severa carga religiosa, entonces realmente es temible.

Pap. X⁷
A 149.28

Por lo que a mí respecta, he aprendido que tengo una disposición no pequeña a ser una molestia para mí mismo. Esto sin duda cambiará ahora.

Pap. X⁷
A 149.29

Y también es verdad que, si se establece ahora una relación con ella, no cabe duda de que empezaré peleándome con ella. A fin de ayudarla me he resignado —lo he hecho todo, a decir verdad— a parecer un canalla frente a todo mundo. Pero lo cierto es que su responsabilidad es grande. No es gracias a ella que no me hundí en la desesperación. Y sin importar lo encantadora que fuera en su desesperación, y sin importar cuán dispuesto yo estuviera a perdonar y olvidar como si nada hubiera ocurrido, con todo sería necesario decirle esto para que haya una relación con algo de verdad.

Pap. X⁷
A 149.30

Por lo que respecta a Cornelia, su compromiso me ha entristecido en cierto sentido. La suya es una femineidad rara y genuina. Es sencillamente una característica de la noble simplicidad femenina. Mientras que todos los inteligentes constataron de inmediato que yo era un canalla y se congratularon por haber comprendido esto de forma tan cabal, ella dijo: “Yo no entiendo a Magister Kierkegaard, pero creo que a pesar de todo es un buen hombre”. Palabras poderosas, sin duda alguna, y me hicieron una gran impresión. Sin embargo, en un sentido ideal pertenece al grupo de Regina. Ahí es donde debió haberse quedado y entonces habría quedado inmortalizada poéticamente. Pero en ese respecto ahora está perdida.

Regina debe casarse. Esto es lo único que es poéticamente verdadero. Y aunque me dijera que lo ha hecho por resentimiento en mi contra,

etcétera, yo le diría: “¡Tonterías! ¿Qué puede entender una jovencita como esta acerca de lo que hace?” Has hecho algo absolutamente extraordinario, has hecho algo bueno por mí, me has ayudado dando precisamente este paso. Y, por lo tanto, sé que esto lo has hecho por amor a mí, por más que sostengas que jamás has pensado en ello. Pero, dime, ¿era propio de ti actuar de forma mezquina, de una forma tan grosera y femenina? ¿O me crees capaz de pensar mezquinamente? Lo mezquino es lo único que no puedo entender. Desde una perspectiva histórica, y desde el punto de vista de un haragán, hay un hecho en contra de ella: su matrimonio. Mi interpretación, que es incondicionalmente la única verdadera, lo muestra como lo que es: un plus. Ella sobresale, en primer lugar, por su fe: tener la suficiente femineidad para creer en una persona que la ha tratado así y lo ha confundido todo para ella. En segundo lugar, sobresale por haber entendido correctamente la cuestión, el hecho de que debía casarse. Esto es lo que puede malinterpretarse con mucha facilidad. Desde esta perspectiva, me duele que yo, el soltero, tenga ahora la ventaja, y que no pueda reivindicarla en su derecho por medio de mi interpretación, que es precisamente lo que ella debió haber hecho.

Ajuste de cuentas

Lo que pensó fue probablemente esto: en el fondo yo le gusto; se ha comprometido conmigo; lo amo demasiado: ¿cómo puede ser que se haya dado esta colisión? ¡Es una locura, una melancolía que raya en la locura! Ergo, hago todo lo posible para romper. Excelente; y completamente cierto, desde un punto de vista femenino. El hecho de que se trataba de una colisión religiosa era algo que definitivamente no podía captar ella, quien no había tenido la más mínima formación religiosa, mucho menos una que le permitiera atisbar este tipo de colisiones religiosas. Todo ha resultado de forma espléndida, y ella es grande en virtud de su temeridad femenina con la que se atreve a atacar. Además, ella contaba de cierta manera con mis propias alusiones sobre esto. Yo sabía que, si ella se volvía radicalmente peligrosa para mí —algo que ella, la encantadora, merecía—, si el asunto significaba que yo debía pagar el precio máximo, entonces ella tendría que ser cuidadosa, tendría que luchar con el auxilio de la devoción. Eso fue lo que hizo* y, *qua* mujer, lo hizo de forma magistral.

* la niña encantadora,

Pap. X²
A 150.1

Por lo que a mí respecta, ésta es la ley para toda mi vida, la ley que se reafirma en todos los puntos decisivos: al igual que ese general que ordenó que lo fusilaran, también yo ordené el momento en que debía ser herido. Pero la estocada misma, que ella debía ejecutar, fue realizada con gran estilo y de forma admirable. En cierto sentido, yo puse el arco en su mano, yo mismo coloqué la flecha, le mostré cómo debía apuntar; lo que pensaba —por amor— era: o me vuelvo tuyo o tendrás el derecho de herirme profundamente, de herirme en mi melancolía y en mi relación con Dios de forma tan profunda que, aunque esté separado de ti, seguiré no obstante siendo tuyo.

¡Qué modelo de amor infeliz! No es como, por ejemplo, el caso de la Frederikke de Goethe, quien rechazó todo matrimonio porque para una muchacha era bastante el haber amado a Goethe. Ocurre precisamente lo contrario: es mi vida la que acentúa la suya. Y soy yo el que lo hace todo, todo, para lograr que ella se case.

Una colisión semejante resulta impensable si no es una colisión religiosa. Pues si fuera una cuestión de orgullo, de hedonismo o cualquier otra cosa por el estilo, entonces hubiera sido imposible que mi vida expresara el hecho de que yo la acentúo a ella como la única.

Ella se casa... y ahora la relación es completamente normal.

Pap. X^o
A 150.2

Acerca de ella* no se puede decir nada, ni una sola palabra, que no sea para su honor y alabanza.

* Especialmente a partir del momento en que su arrogancia se transfiguró en devoción.

Ella era una niña encantadora, una criatura encantadora; es como si todo hubiera sido calculado para que una melancolía como la mía tuviera su única dicha en cautivarla.

Ella era encantadora cuando la vi por primera vez, realmente encantadora, encantadora en su devoción; era conmovedora en el sentido más noble, era conmovedora en su dolor, no sin majestad en el instante último de la separación, infantil de principio a fin; y* algo que siempre encontré en ella, algo que me bastaría para alabarla eternamente: silencio e interioridad. Y tenía un poder: una mirada adorable cuando imploraba por algo y que hubiera podido conmover a una piedra; y qué dicha era poder encantar su vida, qué dicha era el ver su dicha indescriptible.

* a pesar de que a veces se pasaba de lista.

Nota: es de ella el relato sobre una muchacha y un muchacho que hablaban con otra muchacha que había roto con su novio, y ella añadía: qué raro, porque él tenía buena ropa. También contaba la historia sobre la señora Munter, la que huyó con Pollon, sobre que fue ella misma la que acudió con su esposo y le dijo: sí, lo mismo da que yo misma lo diga, me he casado con Pollon.

Pap. X³
A 150.3

Se ha cometido una injusticia atroz en contra de ella al arrancarla de su vida para introducirla en una relación conmigo, en escenas terribles que es como si hubieran sido calculadas para destruir toda impresión de ella. ¡Que Dios me perdone! Tuve que ultrajarla y abandonarla, y en los últimos dos meses tuve que ser cruel para ayudarla en la medida de lo posible. Sin embargo, esto fue quizá lo más difícil para mí. Tuve que continuar con esta verdad con la que era en verdad la más honorable de las intenciones. En aquel momento sufrió de forma indescriptible: ¡estaba dispuesta a perdonarme!

Pap. X³
A 150.4

Ella era la amada. Mi existencia debe acentuar de forma incondicional su vida; mi obra como autor también podría ser considerada como un monumento en su honor y alabanza. La llevaré conmigo a la historia. Y yo que tenía melancólicamente el único deseo de encantarla: *ahí* ese deseo no me será negado; ahí camino a su lado. Como maestro de ceremonias la conduciré en su triunfo y diré: abran el paso para ella, para “nuestra querida y pequeña Regina”.

En alguna ocasión le rogué a Dios por ella, la más amada, como si se tratara de un regalo; también hubo momentos en los que atisé la posibilidad de realizar un matrimonio, y le agradecí a Dios por ella, como si se tratara de un regalo. Después tuve que considerarla como un castigo de Dios para mí. Pero siempre la relaciones con Dios, posición que sostuve con honestidad, incluso cuando, desesperada, ella lo hizo todo para hacerme sentir mi superioridad.

Pap. X³
A 150.5

¡Y lo cierto es que Dios castiga de forma temible! ¡Qué castigo tan terrible para una conciencia abrumada! Tener a esta niña encantadora en la mano, ser capaz de encantar su vida entera, de ver su felicidad indescriptible, lo cual constituye la máxima dicha del melancólico, y luego percibir esa voz en el interior que te juzga, “debes renunciar a ella”, esto es tu castigo, el cual se intensificará al ver todos sus sufrimientos, con sus

súplicas y lágrimas, ella que no alcanza a ver que es tu castigo, y en cambio piensa que es la dureza de tu corazón* que debe ser conmovida.

Pap. X²
A 150.6

* *Nota.* Esto era realmente lo que ella pensaba, pues en numerosas ocasiones dijo que la causa de que yo quisiera abandonarla era mi orgullo. También dijo que en realidad yo no era bueno, pero que de cualquier manera ella no podía dejar de amarme y de pedirme que me quedara con ella.

Pap. X²
A 150.7

En realidad, para mí el contenido de ese año de compromiso fue: las deliberaciones de una conciencia angustiada, ¿te atreves a comprometerte?, ¿te atreves a casarte? ¡Ay! Y, al mismo tiempo, la niña encantadora caminaba a mi lado y era... ¡la novia! Yo era viejo como un anciano, y ella era joven como una niña, pero yo tenía la habilidad —¡ay, lo cuál era casi peor!— de encantarla, y cuando vislumbré la esperanza no pude negarme la dicha de encantarla.*

* a ella que, encantadora como una niña, siguió siendo una niña, y a pesar de todo lo que sufrió, era como una niña al momento de separarnos.

No obstante, la relación debía romperse y yo debía ser cruel; vean, esto es “temor y temblor”. La relación se volvió tan temible que, al final, era como si lo erótico no existiera, pues el terror conducía a la relación hacia otras categorías. En tal medida era yo un anciano que ella se volvió como un niño amado cuyo género era casi irrelevante. Vean, esto es “temor y temblor”. Y me atrevo a afirmar que yo deseaba ese matrimonio más que ella; en un sentido puramente humano, significaba para mí —al igual que para los demonios del relato— la salvación. ¡Ay! Pero no debía llegar a buen puerto, mi función era otra. Por consiguiente, eran misteriosas sus palabras —palabras que ella no entendió, pero que yo sí entendí tanto más— cuando, en su agonía, dijo en alguna ocasión: en el fondo no puedes saber si no sería bueno para ti que se me permitiera quedarme contigo. Vean, esto es “temor y temblor”.